

UNO

Llevo 264 días encerrada.

No tengo más que una libretita y un bolígrafo roto y los números que me acompañan en mi cabeza. 1 ventana. 4 paredes. 5 metros cuadrados de espacio. 26 letras de un alfabeto que no he utilizado en 264 días de aislamiento.

6336 horas desde que toqué a otro ser humano.

~~—Tendrás un compañero de celda~~ compañero de habitación —me dijeron.

~~—Esperamos que te pudras aquí.~~ Por buena conducta —me dijeron.

~~—Otro psicópata como tú.~~ Se acabó el aislamiento —me dijeron.

Son los secuaces del Restablecimiento. La iniciativa que teóricamente iba a ayudar a nuestra sociedad moribunda. La misma gente que me sacó de casa de mis padres y me encerró en un psiquiátrico por alguna razón que escapa a mi control. A nadie le importa que no supiera de qué era capaz. Que no supiera qué hacía.

No tengo ni idea de dónde estoy.

Sólo sé que alguien que condujo 6 horas y 37 minutos me trajo en una furgoneta blanca hasta aquí. Sé que me maniataron al asiento. Que estaba atada a la silla. Sé que mis padres ni siquiera se molestaron en decirme adiós. Que no lloré cuando me llevaban.

Sé que el cielo oscurece cada día.

El sol se hunde en el océano y salpica de colores marrones, rojos, amarillos y naranjas el mundo que hay fuera de mi ventana. Un millón de hojas de un centenar de ramas diferentes se sumergen en el viento, revoloteando con falsas promesas de alzar el vuelo. La ráfaga de viento atrapa sus alas marchitas para obligarlas a ir

hacia abajo, olvidadas, destinadas a que los soldados que están justo debajo las pisoteen.

No hay tantos árboles como antes, dicen los científicos. Dicen que el mundo era verde. Que las nubes eran blancas. Que el sol siempre brillaba en su justa medida. Pero yo sólo tengo vagos recuerdos de ese mundo. No recuerdo demasiado sobre el pasado. La única existencia que conozco es la que me dieron. Un eco de lo que fue.

Presiono la palma contra el cristal y siento que el frío estrecha mi mano en un abrazo que me resulta familiar. Los dos estamos solos, ambos existimos como ausencia de otra cosa.

Cojo mi bolígrafo casi gastado con la poca tinta que he aprendido a racionar a diario y lo miro fijamente. Cambio de idea. Abandono el esfuerzo que supone escribir. Tener un compañero de celda puede estar bien. Hablar con un ser humano real puede facilitar las cosas. Practico con mi voz, dando forma con mis labios a palabras conocidas que resultan desconocidas para mi boca. Practico durante todo el día.

Me sorprendo al recordar cómo se habla.

Enrollo mi libretita y la meto dentro de la pared. Me incorporo en los muelles cubiertos de tela en los que me obligan a dormir. Espero. Me balanceo y espero.

Espero demasiado y me quedo dormida.

Mis ojos se abren y se encuentran con dos ojos dos labios dos orejas dos cejas.

Ahogo un grito, la necesidad de soltar el terror paralizante que inmoviliza mis miembros.

—Eres un ch...

—Y tú una chica. —Levanta una ceja. Se aparta para ver mi cara. Hace una mueca pero no sonrío y yo quiero llorar. Mis ojos, desesperados, aterrorizados, se lanzan hacia la puerta que he intentado abrir tantas veces que ya he perdido la cuenta. Me han encerrado con un chico. Un chico.

Dios mío.

Quieren matarme.

Lo han hecho a propósito.

Para torturarme, para atormentarme, para que no vuelva a dormir por la noche, nunca más. Tiene los brazos tatuados, desde el hombro hasta el codo. En la ceja le falta un pendiente que deben de haberle confiscado. Ojos azul oscuro pelo castaño oscuro mandíbula angulosa complexión fuerte y esbelta. ~~Maravilloso~~. Peligroso. Temible. Horrible.

Se ríe y me caigo de la cama y me escabullo hacia la esquina.

Sopesa la exigua almohada de la cama libre que esta mañana han metido atropelladamente en una zona vacía; el ligero colchón y la manta harapienta cuyo tamaño apenas cubriría su mitad superior. Echa un vistazo a mi cama. Echa un vistazo a la suya.

Las junta de un empujón con una mano. Empuja con el pie las dos estructuras metálicas hacia su trozo de habitación. Se estira en los dos colchones y agarra mi almohada para ahuecarla bajo el cuello. Empiezo a temblar.

Me muerdo el labio y trato de esconderme en la oscura esquina.

Me ha robado la cama la manta la almohada.

Sólo me queda el suelo.

Sólo me quedará el suelo.

Nunca contraatacaré porque estoy demasiado petrificada paralizada paranoica.

—Entonces tú... ¿qué? ¿Estás loca? ¿Por eso estás aquí?

~~No estoy loca.~~

Se incorpora lo justo para verme. Se ríe otra vez.

—No voy a hacerte daño.

~~Me gustaría creerle.~~ No le creo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

~~¡Qué más te da! ¿Cómo te llamas?~~

Oigo su irritante exhalación cuando respira. Lo oigo revolverse en la cama que había sido medio mía. Me quedo despierta toda la noche. Acurruco las rodillas bajo la barbilla, envuelvo los brazos firmemente alrededor de mi cuerpo; mi pelo castaño es la única cortina que nos separa.

No voy a dormir.

No puedo dormir.

No puedo oír esos gritos otra vez.